



Vecinos y amigos de nuestro pueblo: torreños todos al fin, pues sé que cada año uno de vosotros se siente torreño a su manera y a su manera ama y trabaja con el pueblo y a su manera lucha y sufre por el pueblo...

No voy a caer en la rutina de decir "buenas noches" porque todos sabemos que no es éste un momento para saludos corteses, sino para reflexionar cada cual sobre lo más trascendente de nuestra existencia, sobre el vínculo mayor que nos une: nuestra fe en Cristo.

Quiero expresar aquí mis agradecimientos a la Junta Superior de Cofradías de esta Parroquia por haberme tenido en cuenta a la hora de nombrar el Pregonero de la Semana Santa 1.989, cuyo honor no merezco.

Bienvenidos seáis todos en este momento de compasivos recuerdos y de oración. Ésta es la mía:

Señor mío y Dios mío; en ésta tu hora te pedimos que nos perdones como nosotros perdonamos a nuestros deudores... pero más... y mejor...; por favor, Señor; pues nosotros somos por índole algo escasos, algo reticentes y tardos en perdonar y olvidar las ofensas: por lo que también te pedimos nos quites estos defectos y aumentes nuestra fe: Amén.

Para situarnos un poco nos debiéramos trasladar a aquellos comienzos de nuestra Era; por lo que se hace necesaria una previa aclaración que nos haga entenderlo con mayor facilidad.

Los más leídos saben que el calendario hebreo —que ya venía usándose comenzaba con el mes de Nisán, su primer mes, al entrar la primavera, cuyo cómputo de fechas o días es cada puesta de sol u oscurecer. Un ejemplo: hoy, para ellos, en Jerusalén, ha sido jueves día 6 de Nisán hasta que se ha puesto el sol y se ha hecho el oscurecer, en que han entrado en el día 7 Viernes; por supuesto, horariamente más pronto que nosotros debido a su situación geográfica: el Sol sale y se pone dos horas y meda antes que aquí, por hallarse situada más al Este, a unos 4.500. km.

Si volvemos a aquellas fechas que os decía, en los albores de nuestra Era, mañana tarde, todavía Viernes día 7 de Nisán, estando Jesús cenando en casas de Simón llamado el Leproso, en Betania, a unos diez kilómetros al Sur de Jerusalén al pie del Monte de los Olivos, entró María, la hermana de Lázaro, que portaba un vaso de alabastro mármol muy pulido-, caro, pero más caro su contenido, pues era una libra de esencia de la espiga del nardo y sin más mediar otra cosa, echó del valioso perfume sobre los pies del Nazareno, que ella secó con su propio pelo, y para demostrar que no le importaba el precioso néctar ni su envase, rompió éste y seguidamente derramó todo lo que quedaba sobre la cabeza del Nazareno. Ello dio pie a una discusión entre los circunstantes, discípulos

y curiosos, que Jesús zanjó oportunamente, como sabemos, diciendo que ello no había hecho mal ya que a Él no le iban a tener más.

Entre el grupo de los que no quedaron conformes, de los que no quisieron entender, quedando indignados, estaba Judas que incitado por esta anécdota o pasaje que cito, apresuró el fin de la cena para ir a Jerusalén, al Templo, a ver a los del Sanedrín que él suponía encontrarlos reunidos; pues nos días antes ya se había entrevistado con alguno de ellos. Iba renegando y mascullando su rabia porque, decía, se había hecho un gasto superfluo, inútil, con derramar aquel capital que ya no se podía recoger y a él si le habría venido muy bien para la bolsa de la comunidad (a la que él solía meter mano, no para fines comunitarios sino particulares). Digo, que iba anda que te anda, con su confusión, en su tole tole, ofuscado, sin acertar lo que había que decir y cuánto había que pedir, (que era lo que más le empujaba), midiendo el tiempo y los pasos para llegar ya de noche, al siguiente día, sábado día 8. Efectivamente, en este día ya oscurecido, llegó a las puertas del suntuoso templo de Jerusalén y no le hicieron esperar un segundo, estaban ya reunidos esperándole como a un gran personaje (¡Quién lo iba a decir!) como a una persona de gran interés en lo más sagrado del Sanedrín. Anás le espetó rápida y gravemente: "qué, ¿vienes decidido?" Y Judas dijo: "¿Qué me dais y os lo entrego? bien es verdad que todo lo estaba moviendo y mangoneando Anás, pero había que consultarlo con su yerno Caifás, Sumo sacerdote aquel año, y éste acordó darle treinta monedas de plata y quedó cerrado el trato, dejándoles Judas la contraseña de donde y cómo lo entregaría él mismo; el día y hora lo diría después. Consumada la venta, realizada la traición, recibió el dinero que le creó más inquietud y desasosiego. A los compradores les pareció algo caro, pero esto lo suplía su desbordante alegría, un poco enturbiada porque aún no sabían qué razón habrían de publicar para justificar su muerte, que era el fin que le tenían preparado.

Jesús, el domingo día 9 madrugó un poco más que de costumbre pues al amanecer entró en el Monte de los Olivos, donde solía ir a menudo a orar, y envió a dos de sus discípulos a que le trajeran un asno sin domar. Esta precisión la hacen los historiadores porque entonces el burro -con perdón-, el asno era un animal guerrero, potente, fuerte como un caballo, con gallardía propia de cabalgadura de reyes y profetas. Los de hoy, reducida su talla o lazada, cansados y venidos a menos, ya no son iguales. Aquellos -creo no ser profano ni irrespetuoso, al decir que eran un animalada de animal.

Montó Jesús e iba entre mucha gente que le seguía y se sumaban alegres a la comitiva, que cortaba ramas de olivo y portaban en alto, acompañando al rey, que así le nombraban con sus gritos: "¡Hosanna!" Bendito el que viene en nombre del Señor, Rey de Israel". Mediada la mañana de este domingo llegaron a Jerusalén. Se sumaba más gentío, que incluso tendía su propia ropa, sus mantos, por el suelo, para que pasara y pisara el Nazareno, gritando más y más: Rey, Rey".

Con ellos, a los Escribas se les hacía la masa vinagre, era demasiada humillación y peligro para sus puestos, sinecuras y prebendas. Esto, a más de los tantos milagros que toda la comarca conocía, ya era demasiado, inaguantable; requería una solución drástica y urgente. ¡Cuán exacerbados estaban!

Lunes y martes, también desde Betania, fue públicamente Jesús a Jerusalén, y tenía que ocurrir y ocurrió: con un látigo desbarató a trallazo limpio las mesas de los cambistas y mercaderes del Templo que "lo habían convertido en cueva de ladrones", les dijo.

Miércoles no fue a la Ciudad, se quedó en Betania, no porque tuviera miedo; Él sabía que le buscaban

para prenderle, martirizarlo, matarlo; cómo y cuándo. Lo sabía estaba escrito. Aprovechó para estar con su madre y pedirle permiso para "tal trance" imenuda sopa para la Virgen!... ¡Qué espada, Madre mía!... También reunió en su alrededor a sus discípulos y más caros amigos, entre los que se encontraban Lázaro, a quien había resucitado hacía poco y las dos hermanas de éste, Marte y María. Y allí, casa de Simón, donde casi siempre paraba, cenaba y descansaba, completó su doctrina divulgando nuevas enseñanza, advirtiéndoles, ya inquieto y apenado, de los persecuciones y aficciones que ya mañana mismo, jueves, iba a sufrir. ¡Ah! Y recalca más las cosas ante Judas para tantear su voluntad, dirigiéndole unas especiales y amorosas miradas, que tampoco sirvieron.

También les dijo: "aún tengo otras muchas cosas que deciros, mas por ahora no podéis comprenderlas". Ellos sabían y muchísimos de sus convecinos, y nosotros hoy, que todo lo hizo bien; que pasó por el mundo haciendo el bien: curó a los enfermos, dio de comer a los hambrientos, dio vista a los ciegos, resucitó a los muertos... y tantos otros milagros... por lo que con esa autoridad y mando era de esperar y así lo creían sus seguidores, que llegara a ser el gran jefe, que lo nombraran rey o algo así y consecuente destituyera a aquellos jefes, sacerdotes, fariseos, comandantes, pretores, reyes... por hipócritas, egoístas, inmorales e injustos y –cosa normal- nombrara a ellos, a los que le seguían, para algunos cargos de confianza...

Supongo que el Nazareno dijo lo que ahora en nuestra época ha dicho un famoso artista y realizador de cine: "lo lamento, pero no quiero ser emperador: ese no es mi negocio."

El jueves día 13 por la mañana, como ya sabía que no podría esperar, el Salvador se resolvió a adelantar la celebración de la cena de Pascua en un día. Sabemos que los judíos la celebraban siempre- y todavía hoy- después del viernes, que ya era sábado para ellos. Y llamó y envió a Pedro a Jerusalén para que prepararan la cena de Pascua, que "ardientemente deseaba comer con sus discípulos y, naturalmente, encontraron a la entrada al hombre del cántaro en la cabeza- cual les había dicho- que no sabemos quien era. Ocurría que la cena de Pascua había de celebrarse en Jerusalén y no en ningún otro sitio; y era costumbre que los moradores de esta ciudad preparan sus mejores estancias a sus amigos o aquellos que llegados de cualquier lugar a cualquier puerta, manifestaban el propósito de celebrar la Pascua.

No puedo extenderme mucho en el dato de que prepararon con los ázimos o pan sin levadura, la salsa roja, el vino en jarro, el cordero asado, las lechugas amargas, el agua caliente... una sola copa y pocos platos: uno para cada cuatro tal vez..., los bastones... al oscurecer llegaron los diez con Jesús; justamente coincidían con el sonido de las grandes trompetas del Templo anunciando que ya era la hora. Cenaron los trece de pie y deprisa, como quien está de paso y seguidamente dejaron los bastones y se sentaron a la mesa para la cena ordinaria, mientras Jesús les retiraba y daba muestras del gran amor que les tenía. También, que uno de ellos le iba a traicionar, recalcando "de verdad os digo que el que me ha de vender no sólo está en la mesa conmigo, sino que moja su pan en mi mismo plata". Ya dudaban todos de sí mismos y de los otros. Juan, el muy amado, y cercano a Cristo le preguntó en voz baja con desconsuelo y dolorosa duda quién sería. Le contestó Jesús que "aquel a quien diera una sopa". Y Judas, al creerse o verse descubierto, con todo su insolente descaró preguntó: "¿soy yo acaso, Señor? "Tú lo has dicho" contestó el Nazareno bajando la voz. Después les lavó los pies a todos. A continuación tomó un pan ácimo, sobrante de la primera cena, lo bendijo y lo dio a todos, haciendo igual con una copa de vino mezclado con un poco de agua y pronunció aquellas inefables palabras, sublimes frases: "Tomad y comed..." y "Bebed todos..."

realizándose en este momento por este acto, lo más extraordinario, singular e irrepetible de todos los tiempos.

No tengo palabras, me considero incapaz, por mi falta de conocimientos y de preparación (más que por el retraso y la precipitación ocasionados a este pregón compuesto en los días) para decir con la magnificencia que merece- pecador de mí- ni siquiera parte de lo que tantísima trascendencia tuvo, tiene y tendrá: el momento cumbre de todos los tiempos, repito, que Jesucristo realizó tras la gran cena: Transmutar el pan en su propio cuerpo y el vino en su propia sangra y dejarlo para los siglos venideros. Tiene actualmente la misma trascendencia y vigencia. Ahí está, tal como Él lo dispuso, con la facultad de repetir: "Siempre que hagáis esto, hacedlo acordándose de mí."

También dijo a Judas: "Toma este trozo de pan y haz pronto lo que tengas que hacer". Judas lo comió y se inquietó más de lo que estaba. Violento y con una enorme agitación de espíritu se marchó. Era de noche ya; sábado día 8.

También en el alma de Judas se hizo la noche: y ofuscado y presuroso fue a ver a los saduceos que, por encontrarse en contacto casi diario, más o menos le esperaban, con el fin de concretar la hora de la entrega. Inmediatamente el Pontífice puso a su disposición una cohorte de soldados o gente armada con palos, hachas, etc., acompañados de algún escriba o comandante de la casa de Caigas. En la corta y frecuentada representación del libreto " La tentación de la traición" del autor y poeta Vicente García Hernández, que he dirigido, hemos visto y oído cómo Judas luchaba antes con su propia conciencia con su codicia; cómo con un beso entregó a Jesús y cómo terminó trágicamente con su vida, no escuchando ni a su propia madre.

Es muy importante y de sumo interés lo que hay que decir todavía:

La negación de Pedro. Las bofetadas. Los golpes de flagelo. Los salivazos. Las burlas. La corona de espinas. Los azotes. El centro. El manto de orate. El juicio ilegal de Anás y Caifás y el Sanedrín. Herodes...Pílatos...indulto al ladrón Barrabás. La sentencia. EL INRI... la Cruz... la calle de la amargura. Las caídas. El cireneo. El Gólgota. La crucifixión entre los ladrones. El reparto de sus ropas. El vino con hiel. Las mofas los ladrones y los sacerdotes. Las siete palabras. El vinagra... la conversión de Dimas y de ambos centuriones..." Todo se ha consumado". La expiración... y más... y más... "no me mueve mi Dios para quererte el cielo que me tienes prometido"...

¡Qué fuerza, qué vigor hay en este soneto anónimo del Siglo de Oro!... y puestos en poesía, no os canséis si os recuerdo la de Juan José Lorente:

La Roca Fría del Calvario
Se oculta en negra nube.
Por un sendero solitario
Virgen madre sube.
Camina
Y en su cara morena
Flor de azucena
Que ha perdido el color.

En su pecho lacerado,
Se han clavado
Las espinas del dolor.
Su cuerpo vacilante
Se doble al peso de la pena;
Pero sigue adelante.
Camina
Y sus labios de hielo

Besan el suelo
Donde brota una flor
En cada gota de sangre
Derramada,
Por Jesús, el Redentor.
Sombra peregrina
Emblema del dolor, hecho luz.
Camina
Camina ligera
Que el hijo la espera
Muerto en la Cruz.
¡Mujer y Madre!
Desde una loma del sendero
La Virgen caminante
Ve la silueta del madero

Y al hijo agonizante.
Y llora
Su callado tormento
Con un lamento
Que no puede vencer.
Es el grito desgarrado,
Arrancado,
A su carne de mujer.
Divina estrella
Sobre la huella
Del humano dolor, hecho luz
Triste camina, camina llorosa
Que el hijo la espera
Muerto en la Cruz.

Y aún después de muerto hizo milagros; hizo el bien: a Longinos, el centurión burriciego, encargado de rematar a los ajusticiados – faena por él solicitada, porque sentía un gran regusto especial en ello y porque no servía para más-, al darle la lanzada Jesús le salpicó la cara y los ojos con unas gotas de sangre y ¡ved qué venganza!, le dio vista, el criminal recobró la vista y se convirtió; contagiando, además, de su nueva fe, al otro centurión que también se convirtió. Muchas personas, también gritaban; “Verdaderamente, Este era el Hijo de Dios”.

José, consejero del Sanedrín, caballero rico de Arimatea, sabiendo que los Judíos irían, como estaba mandado, al Monte de la Calavera, a romper a palos las piernas de los crucificados, se apresuró y audazmente pidió a Pilato el cuerpo del Nazareno para enterrarlo en su propia tumba, nueva que había labrado en aquella roca y se lo concedió.

Cuando volvió a dar cuenta a la Virgen, los judíos ya habían quebrado las piernas de los dos ladrones con el fin de que se desangraran y murieran pronto pues había que bajarlos y enterrarlos, ya que iba a comenzar el sábado, día inactivo y festivo en que había que celebrar la Gran Pascua y no podía haber crucificados puestos en la cruz. A Jesús, como ya había muerto no le tocaron. José y Nicodemo, ayudados de Juan, María y las otras mujeres, lo desclavaron y bajaron. Tras un breve lavado del cuerpo, ungido con áloe, cubierto de aromas, vendado y envuelto en el lienzo o sábana nueva y limpia, lo sepultaron.

Pero persecución y odio hasta después de muerto; los fariseos y príncipes de sacerdotes, indignados porque no pudieron tirar el cuerpo del Nazareno a la fosa común en que echaban a los criminales, fueron a Pilato y le solicitaron guardias para vigilar el sepulcro, recordándole que Jesús había dicho que “al tercer día resucitaría”, y ¡qué lacerante duda!- podía ocurrir y ¡otra más!” que sus seguidores roben el cuerpo y digan que resucitado”, ¡ que pensamientos más desazonadores y más mortificantes...!

Les concedió los guardias solicitados.
Y, muy a pesar de todos ellos...¡” CRISTO RESUCITÓ”!